



F. L. CHIVITE

¿Ingenuo?

Vamos a ver. Necesitamos unas gotas de ingenuidad por la mañana porque de lo contrario no iríamos a trabajar todos los días. ¿Les suena eso? Es frase textual del lehendakari. La dijo el otro día. Y en principio, no me disgusta, ojo. Admito que podría haberla dicho yo mismo. Pero, no sé. Me da la sensación de que no es lo mismo. El hecho de que lo diga alguien que está ejerciendo el poder le añade algo. Algo quizá demasiado publicitario y hasta, si me lo permiten, ligeramente autoexculpatorio. De todas formas, y vaya esto por delante, creo que Ibarretxe se merece un respeto, aunque sólo sea por haber sido capaz de asociar su futuro personal como político al albur de su proyecto, a sabiendas de que una parte importante de su partido lo considera un callejón sin salida. O algo así. A este respecto, uno no puede evitar pensar que tal vez esté ya cansado y hasta un poco harto. Y que su espectacular huida hacia delante tenga más de huida que de otra cosa. Pero bueno, a lo que iba: el hecho de que Ibarretxe aluda a la ingenuidad como si se tratara de una actitud positiva me sorprende, pero no mucho. Creo que, de alguna manera, en eso ha consistido su papel desde siempre. En hacerse un poco el ingenuo. Como si buscara que eso le librara de algo. Como si eso pudiera garantizarle una especie de absolución a priori, si puede darse tal cosa. Y es cierto que la ingenuidad tiene encanto, no digo que no. A veces, resulta hasta conmovedor ver que algunos políticos, sobre todo en sus comienzos, son o aparentan ser un poco ilusos. Unos tipos con cierto romanticismo y tal. Es bonito. Pero, para bien o para mal, eso no puede durar: la ingenuidad no se puede fingir durante mucho tiempo. Y menos en política. No puede uno decir: 'Voy a ir de ingenuo, da apariencia de honestidad, a la gente le agrada'. Y no se puede, no sólo porque, en el fondo, sea ilícito. Además (y eso es lo peor en estos tiempos), se nota demasiado. Suscita suspicacias. Porque todo el mundo sabe (y si no lo sabe lo sospecha) que en la mayoría de las ocasiones el que mejor representa el papel del ingenuo es el más astuto, el más maquiavélico. Personalmente, la ingenuidad me gusta como estrategia de seducción, ya lo he dicho. Pero el hecho de que la consulta salga adelante con un voto huérfano en plan limosna tóxica de EHAK tiene algo entre patético y sarcástico que hiela la risa. Ahí sí que no cabe seguir alegando ingenuidad, pero bueno.

■ f.l.chivite@diario-elcorreo.com

Nuevo resbalón europeo

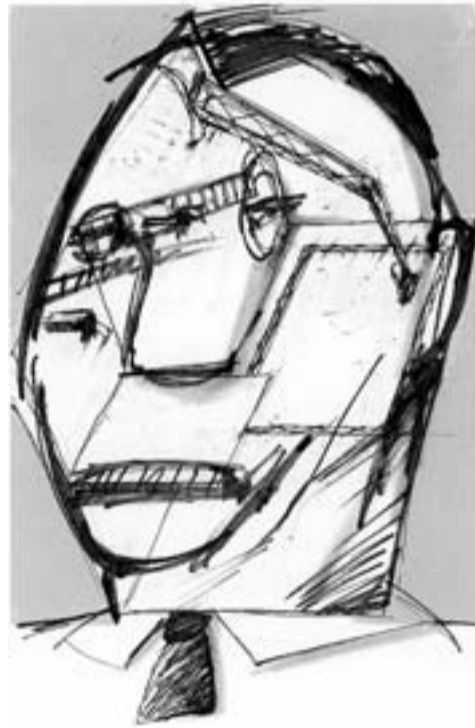
JOAQUÍN ROY DIRECTOR DEL CENTRO DE LA UE DE LA UNIVERSIDAD DE MIAMI

Mientras se acercaba el solsticio de verano en el hemisferio boreal, la Unión Europea se enfrentaba a una nueva crisis institucional. Esta vez, el problema ha sido un rechazo por referéndum a un nuevo tratado. No es novedad. Este tipo de percances ha estado surgiendo a menudo desde principios de la década de los 90. Entonces se puso la marcha directa hacia su más ambiciosa transformación desde el Tratado de Roma que fundó la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1957, que reforzaría la modesta, pero decisiva, primera etapa de la historia de la integración europea.

Ahora, sin embargo, llueve sobre mojado. Se trata del fracaso del referéndum de Irlanda para aprobar el nuevo Tratado de Reforma (de Lisboa) que debía sustituir a la fenecida Constitución que en 2005 fue descarrilada por los electorados francés y holandés. Irlanda era el único país que se veía obligado constitucionalmente para hacerlo por esta vía, en lugar de usar el método parlamentario, como están haciendo prudentemente el resto de los 26 países de la UE. Escaldados por el desastre en Francia y Holanda, los gobiernos europeos habían optado por el método rápido de dar el visto bueno a un texto tan aburrido como el anterior, aunque menos largo. En esencia y en su contenido sintético, es una copia reducida de la Constitución, a la que se habían aplicado unos afeitados cosméticos para rebajar el aroma del federalismo.

Pero, como sucedió en el incidente galo-neerlandés, apenas una mitad (53,4%) de menos del 40% del electorado irlandés que se molestó en acudir a las urnas propinó una dolorosa bofetada a la profundización del proceso europeo. La rigurosa legislación de la UE requiere que, para que este tipo de acuerdos entre en vigencia, sean aceptados por todos y cada uno de los Estados miembros. La unanimidad ha sido de nuevo la sentencia del intento.

El Tratado de Lisboa, llamado así por haberse aprobado por el Consejo Europeo al final de la presidencia portuguesa en diciembre del año pasado, debía proporcionar algunas mejoras



JOSÉ IBARROLA

institucionales para que la UE tuviera mayor consistencia y gozara de una exteriorización más ambiciosa en el nuevo entramado internacional. En cuanto a las funciones del ente colectivo, se ampliarían las competencias que pudieran ser aprobadas por mayoría cualificada. En suma, la nueva UE asumiría la funcionalidad de un Estado, con el objetivo de reforzar su presencia internacional, hoy identificada predominante por su poder 'blando', carente del necesario poder 'duro', que caracteriza a las grandes potencias.

A cambio de este nuevo intento, se habían eliminado las referencias directas a los símbolos reservados a los países (bandera, himno, lema). Pero este camuflaje no engañó a esa parte decisiva del electorado irlandés, cautivado por los temores de los sectores euroescépticos

y la oportunidad cíclica de castigar a los gobiernos, aparte de las oportunidades de comicios normales. El resultado fue que apenas 100.000 irlandeses secuestraron la decisión de 500 millones de europeos que asentían al nuevo tratado mediante sus respectivos parlamentos.

Tras el drama, las explicaciones son múltiples, pero reducidas a un diagnóstico simplista: los europeos juzgan a la UE como una entidad distante y confusa. Demasiadas decisiones que atañen a sus existencias personales son tomadas por unos burócratas anónimos a los que no pueden controlar. Aducen que los miembros de la Comisión (teóricamente el ejecutivo de la UE, pero que cuece la legislación de la soberanía compartida) han sido nombrados directamente por los gobiernos, que a su vez han sido votados para una función nacional. Esos gobiernos se reúnen a puerta cerrada y por ese método redactan y aprueban tratados como el de Lisboa. Denuncian que los miembros del Parlamento Europeo (con funciones legislativas de co-decisión, dominadas por el Consejo) son mayoritariamente producto de listas forjadas por los partidos políticos.

En fin, culpan de la carestía de la vida a la introducción del euro. Tienen pánico ante la inmigración incontrolada, a la que acusan de la criminalidad. Expresan dudas intensas hacia la ampliación espectacular de 2004, que agregó diez miembros más.

Y ahora, ¿qué? Pues a repetir la historia. Se deberá construir un 'plan C' (convencer a Irlanda mediante ciertas concesiones) o uno 'D' (la marginación de Dublín) para corregir el fracaso del 'A' (la Constitución) y su remedio, el 'plan B' (Lisboa). No será la primera vez, ni la última. Mientras tanto, la UE sigue su marcha. No ha pasado nada, dicen en Bruselas. Y éste puede ser el mayor peligro de ampliar la grieta entre las instituciones y los ciudadanos. Por un lado se les pide que voten afirmativamente. Si una tenue mayoría vota 'no', luego se encuentra una solución alternativa. Entonces, ¿por qué preocuparse? La amenaza no proviene del fatídico 'no', sino del desprecio del 'sí'.

Ni contigo ni sin ti

DIANA NEGRE

Hillary Clinton hizo la pregunta retórica '¿Qué quiere Hillary?' en el sorprendente discurso en el que había de reconocer su derrota en las primarias, pero celebró en cambio la última victoria de la ex primera dama. En realidad, debería haber preguntado '¿Qué puede Hillary?', porque eso es lo que todos entendieron y lo que realmente importa al candidato presidencial demócrata, Barack Obama.

Porque ahora, después de convertirse en el primer negro con el camino abierto hacia la Casa Blanca, Obama se ha de concentrar en mantener los seguidores que le han seleccionado, y en ganar a los que apoyaron a Hillary y que necesita para tener éxito en esta elección. Esto último será difícil sin Hillary, pues la campaña de las primarias fue tan polarizada que sus simpatizantes llevan todavía un buen bagaje de rencor que, sumado a la desconfianza de muchos de ellos ante un personaje como Obama, puede llevarlos a los brazos de John McCain.

Tal como dijo el ex presidente Bill Clinton

hace algunos meses, cuando indirectamente ofreció la vicepresidencia a Obama, el tandem Obama-Clinton sería irresistible, pues formaría una coalición electoral de mujeres, personas de más de 50 años, negros, latinos, obreros blancos, independientes, universitarios y republicanos de centro desilusionados por la guerra de Irak.

Obama tiene el problema de que, en su esfuerzo por ganarse a los seguidores de Clinton, podría alienar a los independientes y republicanos centristas que le ayudaron a ganar, pero que normalmente habrían seguido a McCain, como ya lo hicieron hace ocho años cuando fue uno de los rivales de George W. Bush en las primarias.

Con Hillary, podría concentrarse más en quitarle los votos a McCain y dejar a su compañera de campaña los votantes demócratas tradicionales, y le costará encontrar otro personaje tan atractivo para ellos.

El problema es que Hillary le ayudaría a llegar a la Casa Blanca, pero convertiría su estancia en un infierno: cuesta imaginarse

a la señora Clinton como una vicepresidenta dócil, y todavía más difícil es creer que podría controlar a su marido y ex presidente, que dio muestras nuevamente en la campaña de su ego superlativo.

La ex pareja presidencial se vería relegada a un ala del edificio que ocuparon durante ocho años, Bill no sería más que un invitado y ambos tendrían que vivir en la mansión reservada a los vicepresidentes, en una elegante zona residencial y alejada del mundanal ruido -y del poder que tanto disfrutaron-.

Hillary cometió además un error táctico grave al insistir en sus 18 millones de votos, porque puso de relieve públicamente el problema de Obama, que aparenta ser todavía más débil si recurre a su ayuda.

Por otra parte, la candidatura con Hillary tiene también algunos riesgos: John McCain y la maquinaria republicana no están de brazos cruzados y, además de perseguir a los votantes huérfanos de Clinton, tratan de recuperar a quienes le abandonaron para alistarse en las filas de Obama. Y para ello, sacarán a relucir los tres años de votos en el Senado, siempre a la izquierda de su partido, o su inexperiencia en cuestiones militares y diplomáticas. Son limitaciones mejor atendidas por un demócrata de centro, con experiencia ejecutiva, entre los que no se puede contar a Hillary.